

El problema que plantea este libro no es menudo dada la importancia que asume la obra de Gabriela Mistral dentro de la literatura chilena. ¿Es razonable que se sigan editando las producciones de la autora tal como nos las ofrecen las impresiones descuidadas que se hicieron en los diarios? ¿No será preferible someter los originales a estudio riguroso, para eliminar en lo posible los puntos de duda? Insistimos en que la prosa de Gabriela Mistral, según el sentir unánime de cuantos entienden de letras, es difícil, sea porque contiene gran número de recónditas alusiones, sea porque es notorio en ella el empleo preferente de voces raras, neológicas, desusadas o regionales. Cualquier errata tolerada en un escrito de Gabriela Mistral puede pasar a ser considerada, por el lector indocto, como expresión propia de la autora, primor de estilo, hallazgo de la lengua, lo cual dista mucho, como se comprenderá, de contribuir a dar al mensaje de la poetisa la fijeza inmarcesible que le corresponde dada su categoría espiritual.—*Raúl Silva Castro*.



“CABALLO DE COPAS”, de *Fernando Alegría*. Zig-Zag, 1958

La dinámica sugestión que este libro ha de provocar en el lector menos despabilado y, aun, en ciertas sensibilidades ambiguas, trae una vez mas al tapete del examen y la controversia el proceso hasta ahora no dilucidado, aunque siempre incitante, del naturalismo con sus defectos y sus bondades, dentro de la creación literaria. Nuestro propósito es, desde luego, ajeno a la fácil beligerancia o a la simple divagación. Enfrentados en este momento a la reciente novela de Fernando Alegría, fruto de superior madurez, no cabría eludir el escollo que la crítica militante de uno y otro lado ha estado levantando con el afán, quizás pueril, de oscurecer o corromper, si cabe, el viviente hechizo de la novela mencionada. Tal escollo no es otro que el afán, destacado por los comentaradores, de encasillarla, como si se tratase de una ficha dactiloscópica, en alguna estereotipada zona



del naturalismo. Los más reflexivos y modosos anotan el hecho y conceden a esa escuela literaria una vitalidad no decreciente en nuestra época atormentada y compleja. Pero otros las emprenden desde la partida, provistos de adjetivos destinados a provocar un cráter por donde fluya el horror de un naturalismo que a ellos, sólo a ellos, les revuelve la entraña. No olvidemos que en muchos puntos de nuestra América, la crítica literaria carece de exégesis y está subordinada al medio social, a la política y a la afinidad personal. Es difícil hallar un juicio crítico elevado a la dignidad del arte y por lo tanto respetuoso del sujeto creador.

Casi no se ha señalado en *Caballo de Copas* su calidad de creación literaria. Sólo se la ha encasillado y medido, en su condición de novela criolla. Y a propósito de "criollo", conviene destacar una vez más la frecuente yuxtaposición de los vocablos *naturalismo* y *criollismo*, prurito registrado desde algunas décadas por cierta crítica con intención virulenta indisimulada, a medida que la novelística chilena y americana, como expresión del hombre y del medio, conquista la integridad de nuestro tiempo. Allí donde la novela utiliza la descriptiva insumisa y personal, la crítica pulquérrima manotea para aventar el fantasma del "criollismo", esa "literatura vulgar y grosera". Se sigue olvidando o se finge olvidar, que el criollismo es la expresión múltiple de lo nuestro como nación creadora, y de lo americano en su acento y en su fuego inconfundibles; y que no sólo cobija al naturalismo sino a todas las tendencias, incluyendo por supuesto, la expresión subjetiva. Todo lo que nace y vive en nuestra tierra es criollo, por fuerza de la sangre y del medio. Lo extranjero y foráneo, acusa, también, a corto plazo, la imposición del medio.

Fernando Alegría, novelista sin mengua, es criollo por médula y espíritu; no es un escritor doctrinario, sometido a fórmula ni a clanes. Tiene la intuición de lo propio y lo circundante, de la tierra y el hombre nativos, de su fuerza cósmica, universal. El naturalismo que escarcea en muchas páginas de *Caballo de Copas*, es el disparador desde donde el aliento inspirado vuela al encuentro de lo inefable, de la belleza y la gracia que penetra y envuelve aquel mundo.



Algunas escenas y cuadros, ajenos al naturalismo manido y torpe, tan de moda por ahí, respiran en los planos evadidos del realismo mágico donde la subconsciencia encuentra su acento súbito y fugaz.

Si las imágenes logran plasticidad y transparencia espaciales, los personajes, traspasados de calor vital, de voluntad y de fatalismo, se mueven en aquel mundo con una fuerza anímica inquietante. El caballo de carrera, "González", llevado desde el sur chileno a Estados Unidos de Norteamérica por capricho del azar, ofrece rasgos más que humanos y se mueve con ufanía en el primer plano, como la caricatura de algún personaje criollo, aparatoso y mediocre. Junto al caballo, la figura del chileno Hidalgo, trasplantado a San Francisco, resume la fuerza pasional y afectiva de la tierra chilena, en su voluntad de triunfo y de regreso. Sin duda, la tensión humana, que es aquí calor de nostalgia, juega su destino en este hombrecito moreno, querendón y trotamundo y en sus amigos mexicanos y colombianos que sufren con él en la tierra del dólar. "Hay una playita cerca de Mejillones —le dice a su amigo— donde la arena es como una faldita de seda. Dan ganas de pasarse la vida tendido con la cara pegada a la arenita tibia y oliendo profundamente. Es como tener la cara entre las piernas de una mujer, tan resuavecita, y ese olorcito que viene del mar y suelta los jugos de la boca".

Este grupo de latinoamericanos se pelea la vida en San Francisco de California, ciudad que como otras muchas de Norteamérica se enguye sin tardanza al remolón. El autor (el libro está escrito en primera persona) es uno más en el grupo, antes que llegue la hora del "caballo de copas". La sordidez del suburbio californiano, el albergue infame, las calles infectadas de maricones, y de desperdicios vegetales, los parques atestados de parejas horizontales, los malecones convertidos en campo de batalla por grupos de estibadores rivales, el cabaret rezumando vicio y tentación, cierran de súbito la perspectiva. En aquel temible claroscuro, se ilumina la figura ardiente y turbadora de Mercedes. "En esos instantes comenzó a bailar la estrella del programa"... "La joven moldea la música a cada una de sus curvas. Se va poniendo la melodía con movimientos lánguidos, pero



muy deliberados de las rodillas, los muslos, las caderas, los pechos y los hombros. Todo procede con lentitud y sabia facilidad. Cada acorde va encarnándose en ella. La superficie del tablado adquiere una dimensión extraña: se disuelven todas las líneas rectas, desaparece toda brusquedad; una concentración de círculos va enfocando la atención sobre el cuerpo de la bailarina, sobre cada parte de su cuerpo, que se afloja e invita con suaves ademanes de gozo alucinante”.

Esta novela, que a veces pudiera parecer falta de proporciones debido a su impulso interno, se nos adentra, no obstante, como un todo vibrante y crecido, unido como una arquitectura audaz y desafiante, ajena a la preceptiva. Su dramatismo, convergente en la prueba decisiva del caballo “González”, se descarga sin fatiga en dos zonas caldeadas por el mismo antagonismo: la realidad del barrio bajo superpoblado, con sus visiones de sueño y de locura, donde la pupila del escritor realiza su mejor cosecha, alternando con la evocación de la patria distante; y, transfundida en ese juego de planos, en esa alternativa, la tremenda voluntad de vida de aquellos hombres venidos de tan lejos, disputando las migajas que la ciudad arroja a los que no han perdido la esperanza. El juego de escenarios, espacial y vivificante el uno, rechinante, pavoroso y afiebrado el otro, enriquece esa densidad bullente, lograda por un estilo personal en que el relato campea con soltura siguiendo un ritmo certero que se vuelca íntegro en nuestra sensibilidad con el acicate de esas perspectivas ágiles donde el color y la luz conjugan efectos insospechados. Sintetismo vital y sugerente a tono con el impulso del relato. “Al entrar a San Francisco tengo la sensación de encontrar a Mercedes por primera vez. Algo en el viento húmedo y frío, en las espumas deshechas, invisibles, en las gaviotas y los mástiles, en la luz de los faros; algo que está en el anochecer, en los cerros y los muelles, esa voz del puerto que me recuerda a mi tierra lejana, me trae también la seguridad de su espera y entro en la ciudad con impaciencia” . . . “El camión atraviesa velozmente la calle Market, dejando burbujas de lodo en el pavi-



mento; se mete entre las bodegas desiertas del Mercado y va aullando hacia los muelles”.

El huasismo del diálogo en algunas páginas no altera la tónica airosa y profunda del libro, ni mella su garra apasionante. Desde *Lautaro, joven libertador de América*, subrayada con el Premio Latinoamericano en el concurso de la Casa Farrar y Rinehart, en 1945, hasta *Caballo de Copas*, el escritor ha logrado esa madurez que le permite caminar seguro de nuevas conquistas. Sus ensayos sobre literatura y estética literaria, *Ideas estéticas de la poesía moderna* (1939), *La poesía chilena* (1954), y otros, afianzan su jerarquía de escritor y de buceador de la sensibilidad de nuestro tiempo.—*Lautaro Yankas*.



“NIÑEZ Y FILOSOFÍA”, de *Luis Abad Carretero*. El Colegio de México, 1957

He aquí un libro formado por un conjunto de ensayos de muy diversa índole, si bien todos ellos están orientados en sobrias disciplinas del saber. La segunda parte de la obra, esencialmente de crítica literaria y filosófica, recoge los ecos de ciertos autores y libros.

“Niñez y Filosofía” es el título del primer ensayo, que sirve, al mismo tiempo, para rotular la valiosa producción de Luis Abad Carretero, escritor y artista.

Las vinculaciones entre las experiencias infantiles o adolescentes y la filosofía surgen de manera natural y lógica. En primer término, se expone la vivencia, el hecho concreto. Después, mediante un trabajo de sutiles elaboraciones se desgaja el valor filosófico, mejor dicho, se iluminan los puentes sólidos o frágiles que unen la vida y el pensar. Como es lógico, las consecuencias tienen validez didascálica, nos van señalando de qué manera la personalidad humana va engarzando sus realidades, para llegar a constituir el valor hombre con todas sus complejidades, con su sed de infinito. Una vez más, un pensador ecuánime, feliz en sus investigaciones psicológicas, nos va ins-